

La dignidad del hombre "artista": Una respuesta al antropocentrismo desmesurado de la tecnociencia y la destrucción del planeta

The dignity of the "artist" man: A response to the excessive anthropocentrism of technoscience and the destruction of the planet

[Artículo de reflexión]

Jhon Fredy Mayor Tamayo¹

Recibido: 27/04/2023

Aceptado: 16/04/2023

Citar como:

Mayor Tamayo, J. F. (2023). La dignidad del hombre "artista": Una respuesta al antropocentrismo desmesurado de la tecnociencia y la destrucción del planeta. *Revista Albertus Magnus*, 14(2), 72-85.

<https://doi.org/10.15332/25005413.10409>



Resumen

El texto aborda la crisis de humanidad y ecológica contemporánea, proponiendo una reflexión desde la teología de San Buenaventura y la encíclica Laudato Si del Papa Francisco. Se centra en la "dignidad del hombre artista" como imagen de Dios y en cómo esta dignidad puede contrarrestar el antropocentrismo exacerbado que ha surgido con la tecnociencia. Según San Buenaventura, el ser humano, como puente entre Dios y la creación, tiene la capacidad de contemplar la belleza y la armonía del mundo y, a la vez, de transformarlo sin destruirlo. Francisco refuerza esta idea al llamar a una "conversión ecológica" que reconozca la interconexión de toda la creación y la necesidad de un manejo responsable y amoroso del planeta. La reflexión subraya la importancia de una antropología cristiana adecuada que guíe al ser humano hacia la preservación y el respeto de la naturaleza.

¹ Fundación Universitaria Seminario Teológico Bautista Internacional, Cali, Colombia. Correo electrónico: jhon.mayor@unibautista.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7926-1729>; CvLac: https://scienti.minciencias.gov.co/cvlac/visualizador/generarCurriculoCv.do?cod_rh=0000035143

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

Palabras clave: tecnociencia, antropocentrismo, crisis ecológica, hombre artista, antropología cristiana

Abstract

The text addresses the contemporary humanity and ecological crisis, proposing a reflection from the theology of Saint Bonaventure and the Encyclical *Laudato Si* of Pope Francis. It focuses on the “dignity of the artistic man” as an image of God, and how this dignity can counteract the exacerbated anthropocentrism that has emerged with technoscience. According to Saint Bonaventure, the human being, as a bridge between God and creation, has the ability to contemplate the beauty and harmony of the world and, at the same time, to transform it without destroying it. Francis reinforces this idea by calling for an “ecological conversion” that recognizes the interconnectedness of all creation and the need for responsible and loving stewardship of the planet. The reflection highlights the importance of an adequate Christian anthropology that guides human beings towards the preservation and respect of nature.

Key words: technoscience, anthropocentrism, ecological crisis, male artist, christian anthropology.

Introducción

El presente texto es una reflexión interdisciplinar sobre la crisis que enfrenta hoy la humanidad y las serias consecuencias que esta tiene en el planeta. Para abordar ambas crisis, se toman elementos del pensamiento teológico de san Buenaventura, donde sobresale la dignidad del hombre artista como imagen de Dios, con el ánimo de dar una respuesta al antropocentrismo desmesurado que emerge con la tecno-ciencia desde el siglo pasado. Además del pensamiento bonaventuriano, está la encíclica *Laudato Si* de Francisco, de donde se toman elementos para el abordaje del tema central de este texto: la dignidad del hombre artista y su relación con la grave crisis ecológica.

Para ampliar la reflexión sobre la gravedad de la doble crisis, se presentan dos autores: un historiador y un filósofo, quienes, a raíz de los temas e intereses que ocupan hoy la agenda de la tecnociencia, ofrecen elementos para comprender mucho más el impacto que tendrá la doble crisis si no se produce un equilibrio o, incluso, se supera el antropocentrismo desmesurado. En las dos partes finales del texto se presenta una posición personal sobre el caso y se comparten algunas ideas sobre el aporte de la antropología cristiana a esta grave situación de humanidad y ecología.

La dignidad del hombre artista según san Buenaventura

La teología de san Buenaventura afirma que la creación de Dios es trinitaria, por lo que en toda la creación está la presencia de la Trinidad. Como dice Ilia Delio (2014), citando a san Buenaventura, “la creación es un espejo de Dios en el que la Trinidad resplandece y es representada en tres niveles de expresión: una traza (vestigio), una imagen y una semejanza” (pp. 110-111). Entiéndase que por vestigio (traza) se refiere a todas las criaturas, por imagen a los seres intelectuales o espíritus racionales y por semejanza a los deiformes (aquellos seres humanos que se conforman con Dios). Al ubicar al ser humano (seres intelectuales) en medio de los otros dos niveles, este queda como puente entre las criaturas inferiores a él y Dios.

Además de ser “puente”, por ser imagen de la Trinidad, el ser humano “es capaz de la unión con lo divino” (Delio, 2014, p. 112), pues posee una condición de ser intelectual y racional. Según esta idea, se entiende entonces que para san Buenaventura esa capacidad natural intelectual del ser humano es buena porque le permite buscar esa unión con lo divino. El primer lugar para iniciar esa búsqueda es la creación. Y para realizarla, el ser humano necesita aprender a “ver” (contemplar), de tal manera que pueda descubrir la relación de armonía en la bondad y la belleza en todo lo creado.

La capacidad de “ver” del ser humano debe llevarlo a comprender que la belleza de las criaturas es un don gratuito. Con lo anterior, se puede decir que a san Buenaventura le interesa que el ser humano descubra, a través de la belleza y la bondad, la armonía de la creación. La pretensión no es que no la toque y la deje tal cual como la encuentra, pues el hombre es *homo faber*, es decir, tiene la capacidad de transformar y crear. Lo que se espera de él es que, con su capacidad de transformar o crear, no dañe la armonía de la belleza. Surge aquí la comprensión que san Buenaventura tiene sobre la dignidad del hombre artista y la valoración que hace del ser humano como ser capaz de crear y transformar.

Hasta aquí, cabe decir que la dignidad del hombre artista se conserva en tanto el hombre comprenda cuál es su papel en la creación (puente) y contribuya con su trabajo a la conservación de la armonía de la misma. Ahora, si en su itinerario, san Buenaventura recoge la reflexión teológica sobre lo que es el ser humano, hay que considerar que esa misma condición natural de “hombre artista” de la que se habla es la misma que pone en tensión al ser humano cuando se ve frente a la belleza-bondad de la creación y la utilidad (uso) de la misma. Aunque es claro que sin contemplación no hay belleza, hay que considerar que no siempre el hombre está en sintonía con la armonía que surge de la bondad y la belleza.

¿Por qué el hombre no podría estar en sintonía con la obra de su creador? San Buenaventura expresa que esto obedece al pecado, el cual enturbió la capacidad

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

del hombre para ver en la creación la acción de la Trinidad. Sin embargo, por medio de la gracia, el hombre puede volver a ver bien. Así lo describe San Buenaventura en su Itinerario:

Y porque, donde uno cae, allí debe necesariamente estar tendido si no hay quien le dé la mano y le ayude a volver a levantarse, no pudiera nuestra alma elevarse perfectamente de las cosas sensibles a la cointuición de sí propia y de la eterna Verdad en sí misma si la Verdad, tomando la forma humana en Cristo, no se hubiera constituido en escala, reparando la escala primera que se quebrara en Adán (4, 2). (Amoros et ál., 1975, p. 603).

Se entiende entonces que la Encarnación de Cristo hizo posible la restauración de la visión del hombre, al levantarlo del estado de pecado en el que había caído. Restablecido por la gracia, dice san Buenaventura, el hombre puede ver nuevamente en el libro de la creación, en el libro de la Sagrada Escritura y en el libro de la Cruz la acción de Dios. Y para lograrlo, el hombre debe abrir los tres ojos que posee: el carnal, el racional y el contemplativo, pues “mas, como, en relación al espejo de las cosas sensibles, nos sea dado contemplar a Dios no solo por ellas como por vestigios, sino también en ellas por cuanto en ellas esté por esencia, potencia y presencia” (2, 1) (Amoros et ál., 1975, p. 577).

Habilitado para ver nuevamente, y ante los recursos y capacidades con las que cuenta, es necesario que el hombre se disponga a la gracia, de tal manera que, movido por su deseo de buscar a Dios, asuma su condición de peregrino (homo viator), lo que le exige un constante movimiento. Será el deseo de buscar a Dios una potencia que lo movilice hasta el punto de hacerlo no solo caminar, sino correr (Soliloquio 4, 3). Sin embargo, al igual que el hombre puede no estar siempre en sintonía con la belleza y la bondad de la creación, también puede ocurrir que no quiera buscar a Dios, convirtiéndose así en un vagabundo que solo busca sus propios deseos.

No querer ver a pesar de la restauración y no buscar a Dios es tan factible, que el mismo s. Buenaventura dice en su Itinerario:

Luego, el que con tantos esplendores de las cosas creadas no se ilustra, está ciego; el que con tantos clamores no se despierta, está sordo; el que por todos estos efectos no alaba a Dios, ése está mudo; el que con tantos indicios no advierte el primer Principio, ese tal es necio (1.15) (Amoros et ál., 1975, p. 576).

Llama la atención que el franciscano utilice un término de la literatura sapiencial, con el que se indica no solo que el ser humano se puede resistir a Dios, sino que además puede buscar su propio destino. Una de las descripciones de “necio” en la Biblia es la de aquel que no busca la sabiduría, sino el conocimiento.

Otro aspecto que llama la atención de la exhortación de san Buenaventura en este contexto es que no condena al que se resiste a buscar a Dios, pero sí advierte sobre lo que puede suceder si el hombre se niega a ver la armonía que existe en la belleza y la bondad de la creación. En su Itinerario, indica: “Abre, pues, los ojos, acerca los oídos espirituales, despliega los labios y aplica tu corazón para en todas las cosas ver, oír, alabar, amar y reverenciar, ensalzar y honrar a tu Dios, no sea que todo el mundo se levante contra ti” (1.15) (Amoros et ál., 1975, p. 576).

De lo dicho hasta aquí, cabe señalar que el pensamiento de san Buenaventura acerca de la relación del ser humano con la creación está permeado por el principio de la armonía que existe entre ambos y en cada uno por separado. Ahora bien, si la armonía se da por la belleza y bondad de cada uno, entonces lo que corresponde moralmente al ser humano, como puente entre la creación y Dios, es no dañar esa armonía; en cambio, debe buscar por todos los medios posibles que esta permanezca, toda vez que de esa armonía en la creación también depende la suya. El gran desafío radica, entonces, en cómo ayudar a que la creación y la humanidad lleguen a su realización plena sin que se destruya una u otra.

Las afirmaciones de san Buenaventura acerca de lo que es el ser humano no solo son congruentes y veraces, sino que también son exhortativas y hasta futuristas, pues pareciera que el franciscano se estuviera adelantando con su teología a describir el tipo de ser humano que tenemos hoy. ¿Cuál es el tipo de ser humano que tenemos hoy? Un ser humano que ha perdido la capacidad de ver en la creación, en los otros y en sí mismo la presencia trinitaria de Dios. En cambio, ha querido ver en la obra creadora de Dios un medio que puede usar según sus propios deseos para alcanzar sus fines, aunque eso ponga en riesgo la existencia de la obra armónica de Dios.

Recuperar la dignidad del hombre artista: Un llamado desde *Laudato Si*

La crisis ecológica que sufre el planeta entero, y que describe acertadamente el Papa Francisco en la encíclica *Laudato Si* (2015), confirma lo anterior. No reaccionar asertivamente ante la grave crisis ecológica es signo de que el hombre posmoderno no “ve” bien; su visión sigue enturbiada por el pecado de seguir sus propios deseos, renunciando así a la búsqueda de Dios. No poder ver bien le ha impedido al ser humano descubrir en la belleza y la bondad de la creación la presencia de la Trinidad. Y lo más grave aún es que el ser humano hoy ni siquiera se ve a sí mismo; es como si hubiera perdido en sus propios deseos y se hubiera vuelto esclavo de ellos.

De la misma forma que san Buenaventura exhortó a sus discípulos con su itinerario hace ocho siglos, Francisco (2015), en *Laudato Si*, hace lo mismo al

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

pedir una “conversión interior” (No. 217, p. 165), ya que considera que la crisis ecológica es fruto también de una crisis humana. De ahí que hable de dos crisis: “una ambiental y otra social, las cuales no pueden verse por separadas” (Francisco, 2015, No. 139, p. 108). Por ello, destaca la urgencia de “una conversión integral” (No. 137, p. 107). Siendo así, la crisis ecológica es el resultado de una crisis humana que entendió mal su papel en la creación, el Papa reconoce que:

Una presentación inadecuada de la antropología cristiana pudo llegar a respaldar una concepción equivocada sobre la relación del ser humano con el mundo. Se transmitió muchas veces un sueño prometeico de dominio sobre el mundo que provocó la impresión de que el cuidado de la naturaleza es cosa de débiles. En cambio, la forma correcta de interpretar el concepto del ser humano como ‘señor’ del universo consiste en entenderlo como administrador responsable (Francisco, 2015, No. 116, p. 91)

De esa inadecuada antropología cristiana deriva, en parte, la doble crisis que tenemos hoy, la cual desdibuja cada vez más la imagen del hombre artista. Se trataba de entender que somos parte del cosmos y no dominadores. Sin embargo, la relación de poder que establecimos con todo lo creado nos hizo olvidar que “todo está conectado”. No se trataba de no pensar, crear o transformar; se trataba más bien de hacer todo lo anterior sin perder la conexión. Pero dado que “el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto”, la misma base de su existencia se desmorona (Francisco, 2015, No. 117, p. 92). Y precisamente eso es lo que estamos viendo hoy en noticieros, informes y conferencias o eventos académicos: que el planeta se desmorona.

El urgente llamado de Francisco (2015) a una conversión ecológica, en la que se debe tener presente que “no habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología” (No. 118, p. 92), es un desafío para la sociedad industrializada, tecnocientífica y mercantilizada que solo ve riqueza en los recursos naturales y no vida, belleza, bondad ni armonía. Este primer desafío de ver más allá del dinero es el primer paso para aceptar que “el universo no surgió como resultado de una omnipotencia arbitraria, de una demostración de fuerza o de un deseo de autoafirmación. La creación es del orden del amor” (Francisco, 2015, No. 77, p. 60); por lo tanto, de esa misma manera se debe responder, con amor.

La conversión ecológica es un llamado a todos los que aún no han comprendido tanto la fragilidad de la naturaleza que Dios nos ha confiado (Francisco, 2015, No. 78, p. 61) como la importancia del cuidado de la casa común, y que no han tomado cartas en el asunto, por ejemplo, ser conscientes del compromiso moral que exige el consumo y la necesidad de cambiar estilos de vida nada respetuosos

con el planeta. Finalmente, hemos de considerar, como lo expresa Francisco, que la conversión ecológica exige una espiritualidad volcada hacia el interior de la persona, pues solo desde allí es posible ver con nuevos ojos la creación.

No cabe duda de que la crisis ambiental es causa de preocupación para gran parte de la población, sobre todo para los más jóvenes y los más pobres. Sin embargo, parece que no es así para las grandes compañías y los estados poderosos del planeta. En cambio, mientras se esperaba que promovieran estrategias y tomaran medidas de estado para mitigar el impacto, lo que hay más bien es un interés en otros asuntos, como el desarrollo tecnocientífico, la inteligencia artificial, la innovación y el mercado. Como expresa san Buenaventura, el hombre posmoderno permanece ciego y “necio” ante la grave crisis ecológica. En efecto, los puntos que ocupan la nueva agenda humana no son precisamente recuperar la dignidad del hombre artista, sino más bien la del hombre-dios, dueño de la nueva creación.

Precisamente, las nuevas apuestas en términos futuristas en el caso urbano están centradas en el diseño de las *Smart Cities*, las cuales facilitarían la vida de las personas en la ciudad, garantizarían los recursos necesarios para la sostenibilidad, el respeto a los derechos humanos y la promoción de prácticas de sostenibilidad en armonía con el planeta. De entrada, se pensaría que este modelo de ciudad del futuro o ciudad inteligente considera lo natural y ecológico; sin embargo, el temor de varios autores que han estudiado el tema es que el proyecto que busca salvar la vida de la ciudad se convierta en un gran proyecto inmobiliario que termine zanjando más la brecha entre los que tienen más recursos y los que no poseen casi nada². Salvar la ciudad de hoy y del futuro es, en sí, un asunto necesario; se requiere precisar cómo se hará, y en especial que no sea a costa de los derechos o necesidades básicas de otros muchos.

Negación a recuperar el hombre artista: Homo-deus y transhumanismo

A continuación, se presentan dos referencias para indicar que, al parecer, los intereses de una parte de la sociedad (la más poderosa) no son recuperar la

² Sarkar dice que las “Smart Cities tiene un objetivo final muy humano y simple: un entorno de vida y trabajo muy mejorado para nuestras poblaciones urbanas” (2017). Sin embargo, también señala su preocupación y riesgo frente a concebir el proyecto de salvación de las ciudades (y por ende del mundo) como algo meramente inmobiliario. Al respecto señalar que la apuesta por salvar la ciudad, y en especial la ciudad del futuro exige mucho más que proyectos de infraestructura física, también es fundamental la promoción de comunidades urbanas de personas que sean capaces de la comunión y la solidaridad recíproca (ver Teología de la ciudad. La pastoral en la ciudad como una acción política de Jhon Fredy Mayor Tamayo, s.f)

dignidad del hombre artista, sino más bien renunciar a ella definitivamente y apostar por un nuevo proyecto de ser humano o transhumano.

Yuval Noah Harari (2016), en su libro *Homo Deus: Breve historia del mañana*, describe un panorama amplio sobre nuestra situación actual y especula sobre el futuro. El punto de partida de la especulación futurista es que, una vez que el hombre haya acabado con sus grandes males —el hambre, la guerra y la enfermedad—, ascenderá a un nivel superior en la escala evolutiva, con la diferencia de que no tendrá que esperar a la azarosa mutación de los genes, sino que forzará los cambios gracias a la biotecnología, la inteligencia artificial y la nanotecnología. El autor indica que, mediante prótesis, implantes cerebrales, nanorrobots y regeneraciones genéticas, dominaremos la naturaleza y nuestra naturaleza: dejaremos de envejecer y de morir.

A partir de su interés especulativo, el autor presenta tres interrogantes acerca del proceder de la medicina, el papel de la inteligencia artificial en la vida cotidiana y lo que pasará con el homo sapiens cuando la revolución biológica llegue a su cima. Sobre la medicina, afirma que la ingeniería biológica acelerará la evolución natural; con la inteligencia artificial, será posible la creación de ciborgs, donde se fusionan partes orgánicas con inorgánicas; y, frente al futuro del homo sapiens, las revoluciones que están por darse darán paso a un nuevo ser humano mejorado. Inquieto por este nuevo proyecto de “ser humano”, el autor se pregunta qué pasará con el libre albedrío, la ética, la política y el humanismo.

La especulación futurista de Harari (2016) le lleva incluso a hablar de tecno-religiones, las cuales prometerán felicidad, salud, justicia e inmortalidad. Desde su punto de vista, el nuevo centro religioso será Silicon Valley y no los tradicionalmente conocidos. Llama la atención que a esta religión solo podrán acceder quienes tengan dinero, muchísimo dinero. De ahí que el siglo XXI, dice el autor, será el más desigual de todos los siglos de la historia humana, porque ya no será por cuestiones sociales, sino biológicas. La religión y el dios que allí se predicaban serán superados, al igual que el ser humano como hoy lo conocemos.

Pareciera que lo planteado por Harari encajaría muy bien en una película sobre el futuro y no describiría propiamente la realidad; sin embargo, no es así. Si bien el autor advierte que lo suyo es una especulación, esta resulta tan real como la crisis ecológica que describe Francisco en *Laudato Si*. Precisamente sobre el tema del nuevo ser humano mejorado, que Harari llama ciborgs, el filósofo Dieguez (2017) lo describe como transhumanismo. ¿Qué es?

En su libro *Transhumanismo*, Antonio Dieguez (2017) dice que el transhumanismo es la expresión que resulta de la intervención de la tecnociencia en la búsqueda por mejorar al hombre, superando el proceso de selección natural. El autor busca explicar que el transhumanismo es la utopía del momento y que,

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>
Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

tras la admirable fe en la técnica, algunos hablan de un culto (Harari lo llama “nueva religión”, al igual que Xabier Pikaza (1993)). Querer mejorar el ser humano gracias a la tecnociencia tiene como propósito corregir las debilidades que lo hacen vulnerable y finito, como, por ejemplo, la vejez, las enfermedades o el sufrimiento. Para las religiones, la idea transhumanista es contraria a la fe, pues promete un paraíso en la tierra sin la necesidad de Dios. La eternidad no está en el más allá; está aquí en la tierra gracias a la tecnología.

Para el autor, querer mejorar al ser humano no es algo nuevo. Todo el tiempo, los seres humanos han buscado mejorar aspectos como la educación, la técnica o la ciencia. Ahora, lo que se busca con la tecnociencia es mejorar biológicamente al ser humano. Para quienes han reflexionado sobre este tema, la naturaleza del ser humano no es perfecta ni es un fin en sí misma; esta condición es susceptible de ser mejorada y llevada a su plenitud.

El transhumanismo, afirma Dieguez, es, por tanto, lo que se esperaría de cada especie biológica evolucionada, que termina cediendo paso a otra que llega. En este caso, esa nueva especie llega gracias a la tecnociencia; por tanto, esta nueva utopía no debe escandalizar a nadie. Cabe indicar que el transhumanismo tiene dos vertientes: tecnocientífica y cultural. La primera cree con firmeza que el ser humano se convertirá en un ciborg gracias a la inteligencia artificial y la robótica. La segunda considera que el mejoramiento del ser humano debe hacerse a partir de la biología y la medicina. Este mejoramiento biomédico debe ser paulatino hasta que se pueda modificar la totalidad de la biología humana.

Teniendo en cuenta lo descrito por Harari y Dieguez, es posible afirmar que la preocupación de los grandes capitales que mueven la economía y el desarrollo del planeta no es propiamente la recuperación de la grave crisis ecológica que este vive; por el contrario, parece que consideran que ante tal crisis no hay nada que hacer. Por lo tanto, es mejor unir esfuerzos para afrontar lo que ya está por venir. Según los temas que ocupan la agenda mundial, estamos ante un mundo que cambiará, queramos o no. Es como si se hubiera perdido la esperanza en que el ser humano puede recuperar su dignidad de hombre artista y vivir como hijo redimido por Dios, restableciendo así el orden en la creación de Dios. En efecto, el antropocentrismo desmesurado que vive el hombre hoy le sigue nublando la visión para poder ver más allá de sus propios deseos. ¿Cómo recuperar la visión del hombre como imagen y puente en la creación de Dios?

Resistencia a perder la imagen del hombre artista: Una salida al antropocentrismo desmesurado.

Como dice Francisco en *Laudato Si*, la grave crisis ecológica también implica una crisis humana; de ahí que sea necesario volver a las fuentes de la antropología

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

cristiana y tomar de allí los elementos que favorecen la recuperación del ser humano como ser biológico y trascendente. También es necesario que la teología dialogue con la tecnociencia y se fijen puntos comunes en las preocupaciones sobre el ser humano y el planeta, toda vez que la tecnociencia tiene una responsabilidad ética con sus hallazgos y creaciones.

El punto de partida para la reflexión entre ambas disciplinas está en que, si el mejoramiento de la naturaleza humana y no humana que propone la tecnociencia genera expectativa y motivación en algunas disciplinas, también suscita interrogantes y preocupaciones en otras, como la teología, en razón no solo de que la idea o el papel de Dios estén en juego. En realidad, dichas preocupaciones se centran en lo que puede suceder con el ser humano y la naturaleza tal como la conocemos, ya que, para la teología, la relación con lo sobrenatural implica lo humano y lo no humano (la creación), como también lo expuso san Buenaventura en su itinerario. Para la teología, el tema no se trata solo de defender la existencia o creencia en Dios o el estatus de la religión; el asunto va más allá y comprende varios aspectos.

Los cuestionamientos de la teología a la utopía de la tecnociencia no consisten propiamente en que entre ambas disciplinas hay diferencias respecto a la comprensión, sentido y finalidad del cosmos y de lo humano (*Cfr.* Rm 8:18-27). Precisamente, la existencia de teólogos de la ciencia que buscan una reconciliación entre ambas disciplinas pone de manifiesto el interés por un trabajo conjunto que redunde en beneficio de la naturaleza y del ser humano. Estos cuestionamientos tampoco tienen que ver con la negación o el rechazo a los avances de la tecnociencia, pues el cosmólogo y teólogo Teilhard de Chardin ya reconocía los procesos por los que pasa el cosmos y el ser humano (Alfa y Omega) desde una visión teocientífica, valorando así los logros de la ciencia; el mismo san Buenaventura, en su Itinerario, hizo una valoración positiva de la razón y la ciencia (1.6) (Amoros et ál., 1975, p. 569).

Ahora, que la teología cuestione el proyecto que la tecnociencia tiene con respecto al ser humano, la naturaleza o las ciudades del futuro, se enfoca en que la esperanza en un futuro donde el ser humano es mejorado biológicamente y se supera el sufrimiento al volverse inmune frente a él es falsa. Ya lo dijo Harari (2016) al expresar que el siglo próximo será el más desigual de todos los siglos porque las diferencias no serán sociales, sino biológicas o de adquisiciones inmobiliarias (Sarkar, 2017). Por lo tanto, la plenitud y la tranquilidad serán exclusividad de quienes tienen dinero. Otro aspecto tiene que ver con el concepto de felicidad que tiene la tecnociencia, la cual es reducida exclusivamente al campo biológico, cuando la felicidad también es una cuestión interior y actitudinal. La felicidad también está en buscar a Dios, no solo a nosotros

mismos. Como especie humana, no solo poseemos un cuerpo, también un alma que san Buenaventura describe así en su Itinerario:

nuestra alma tiene tres aspectos principales. Uno es hacia las cosas corporales exteriores, razón por la que se llama animalidad o sensualidad; otro hacia las cosas interiores y hacia sí misma, por lo que se llama espíritu; y otro, en fin, hacia las cosas superiores a sí misma, y de ahí que se le llame mente (1.4). (Amoros, 1975, p. 567)

La visión futurista de la tecnociencia es reducida; sigue sin ver bien, como exponía san Buenaventura, pues sitúa la dimensión trascendente a partir de la superación de las necesidades del ser humano, como el hambre, la enfermedad y la muerte. En efecto, esta es una visión reduccionista que ve al ser humano como una especie interesada, carente y solo en proceso de evolución física, reduciendo lo humano a un estereotipo únicamente finito y material. Si bien es cierto lo anterior, hay que decir que la capacidad de trascendencia en el ser humano supera lo físico y lo biológico; esta incluso es espiritual y emocional. Si la trascendencia del ser humano se queda en la materia orgánica, entonces lo humano es algo que caduca con el paso del tiempo y desaparece con o sin la ciencia.

Por otra parte, cabe decir que querer mejorar biológicamente al ser humano no significa necesariamente que él podrá ser feliz, ya que supera la barrera física de la biología orgánica y, por ende, sus grandes males o enfermedades. Es claro que el ser humano sufre de otras situaciones que se podrían considerar como enfermedades y que tienen que ver con su dimensión trascendente o interior. Hoy tenemos que hablar de otras enfermedades, de otras pestes, como la depresión, la ansiedad, la soledad y la tristeza. Hoy no se superan, ni siquiera con fármacos, porque aunque alivian temporalmente, generan otra enfermedad: la dependencia. Estos males que el hombre no supera son consecuencia de buscarse a sí mismo, convirtiéndose en vagabundo, como diría san Buenaventura.

Dado que la nueva agenda humana está centrada en las esperanzas futuristas de la tecnociencia y en lo que ella puede lograr biológicamente en el ser humano o en los espacios que habitamos, y no en la grave crisis ecológica que sufre el planeta a raíz de la crisis humana, urge que la teología dé una respuesta a este nuevo desafío antropológico y social, pues lo que está en juego es la misma especie humana tal como la conocemos. He aquí un aspecto de lo humano que la tecnociencia no ve por su negación a la redención: el ser humano no solo es materia, también es espíritu y mente; es un ser trascendente. Y eso es lo que no está bien en él, pues ha dado mayor fuerza a las cosas corporales exteriores, a su animalidad, como expresa san Buenaventura.

Si la tecnociencia pretende llevar al ser humano a la perfección, entonces debe considerar que él no solo es cuerpo; también posee alma. S. Buenaventura así lo

Albertus Magnus

ISSN: 2011-9771 | e-ISSN: 2500-5413 |  <https://doi.org/10.15332/25005413>

Vol. XIV N.º 2 | julio-diciembre de 2023

expresa en su Breviloquio: “Y la perfección de la naturaleza requiere que el hombre conste de cuerpo y alma juntos, como de materia y forma, que tienen mutua inclinación y mutua necesidad” (7.5,2) (Amoros, 1975, p. 519). Por eso, la tecnociencia no puede prescindir de la teología y, mucho menos, de la antropología cristiana. He aquí otro aspecto para acercar a ambas disciplinas; aunque, claro, esta integración depende de si en realidad lo que interesa es mejorar el ser humano.

Una respuesta a esta situación subyace en la antropología cristiana, que, desde sus raíces bíblicas, insiste en que Dios también tiene un proyecto, una utopía de ser humano que pasa exclusivamente por la relación misteriosa entre el Dios que se revela y el hombre que lo descubre. Si bien es cierto que el cosmos tiene un carácter teológico en la Biblia, el hombre sigue siendo protagonista de este proyecto; es él quien necesita llegar a humanizarse plenamente. En palabras de san Buenaventura, necesita recuperar su dignidad de hombre, imagen de Dios. Jesucristo, el hombre que ha llegado a su plenitud, es el modelo y alternativa de humanización para el ser humano, no la tecnociencia y su futuro utópico³.

Si para la tecnociencia el ser humano representa un desafío en cuanto a su mejoramiento biológico, para la antropología cristiana no. Para ella, el ser humano no se comprende como un ser únicamente finito, materia que desaparece cuando la vida biológica se extingue. El ser humano es un ser trascendente que tiene la capacidad de superar su animalidad para llegar a su humanidad plena, la cual se logra a través de los aciertos y desaciertos, el dolor, el sufrimiento, la alegría, la satisfacción, el servicio, la justicia y la compasión; en una palabra, siendo humano, no ciborgs.

En definitiva, si para la antropología cristiana el ser humano es un proyecto en sí mismo —y por eso ha sido redimido—, entonces lo que puede hacer la tecnociencia es contribuir a que él pueda lograr esto sin necesidad de quitarle su libertad y pretender controlarlo por medio de algoritmos, o, en el peor de los casos, quitarle su humanidad y llevarlo a otra condición (ya no humana en plenitud). La tecnociencia puede contribuir también si reestructura la idea de plenitud que ofrece al querer evitar el dolor o la muerte. En esencia, el ser humano es humano. Si se persiste en algo distinto, entonces el interés ya no es el ser humano, sino la ciencia por la ciencia, hasta convertirse en un dios que somete la voluntad del hombre.

³ Xabier Pikaza (1993, pp. 443-532) señala que la nueva creación empieza en el sepulcro vacío. Con la resurrección de Cristo ha empezado el octavo día de la creación, abriendo así un tiempo kairotico permanente de salvación.

Conclusiones

Dice san Buenaventura en su Breviloquio que el hombre es “capaz de Dios, capaz, digo, en virtud de la imagen impresa en ella de la beatísima Trinidad misma” (7.7,3) (Amoros et ál., 1975, p. 532). En consideración a esto, el hombre necesita reconocer que forma parte del cosmos; él no es un agente externo que está por encima de todo lo creado. La grave crisis por la que atraviesa la humanidad y la creación exige que asuma su condición de hombre creado, lo cual le otorga una dignidad a la que no puede renunciar por buscar sueños prometeicos. El hombre es uno con el cosmos y con Dios.

Aunque el panorama descrito en este texto aborda la grave crisis de humanidad que afecta seriamente al planeta, lo cual es paradójico en una era de tanto desarrollo tecnológico, científico y de la ingeniería, no se puede perder la esperanza. Sin embargo, como dice Francisco en *Laudato Si*:

muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. (No. 202, p. 155)

La reorientación puede iniciar cuando la humanidad entera “vea” bien lo que sucede con nuestra especie y la casa común, y asuma por fin su compromiso ético con la humanidad misma y el planeta.

Recuperar la dignidad del hombre artista es, en efecto, una tarea fundamental y urgente en la generación actual; de no hacerlo, todo seguirá estando en riesgo. Si bien el panorama es preocupante, hay que considerar el optimismo de Francisco (2015) al afirmar que⁴:

no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que les impongan. Son capaces de mirarse a sí mismos con honestidad, de sacar a la luz su propio hastío y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad (No.205, p. 157).

⁴ A ese optimismo también habría que sumar apuestas que el Pontífice considera clave para lograr generar cambios que incidan radicalmente en la recuperación del planeta. Ante el problema actual se requiere consolidar una amistad entre los habitantes del planeta que nos ayude a superar barreras ideológicas. Ver *Fratelli Tutti* de 2020 y la *Laudate Deum* de 2023 que muchos consideran como la segunda parte de la *Laudato Si*. En esos textos logro ver un itinerario pastoral de orden global, ecuménico, interreligioso y futurista que expresa el ideal, y a la vez una ruta de trabajo hacia un futuro inmediato que nos ayude a detener la crisis ecológica y humana actual.

Es tarea de la teología y la tecnociencia, como nuevo paradigma, establecer vínculos que les permitan trabajar juntas por el bienestar del ser humano y la sostenibilidad del planeta. La tecnociencia, sobre todo, debe tener presente que:

no hay sistemas que anulen por completo la apertura al bien, a la verdad y a la belleza, ni la capacidad de reacción que Dios sigue alentando desde lo profundo de los corazones humanos. A cada persona de este mundo le pido que no olvide esa dignidad suya que nadie tiene derecho a quitarle (Francisco, No. 205, p. 157).

Está claro, ningún sistema puede quitarle a ningún ser humano de este planeta, por pobre o rico que sea, la dignidad de hombre artista en nombre del progreso y el desarrollo.

Referencias

- Amoros, L., Aperribay, B. y Oromi, M. (1975). *Obras de San Buenaventura - Tomo I*. BAC.
- Pikaza, X. (1993). *Antropología Bíblica. Del árbol del juicio al sepulcro de pascua*. Sígueme.
- Delio, I. (2014). *Cristo en Evolución*. Sal Terrae.
- Francisco, S. (2023). *Laudate Deum*. Vaticana.
- Francisco, S. (2015). *Laudato Si*. Vaticana.
- Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus, Breve historia del mañana*. Penguin Random House.
- Dieguez, A. (2017). *Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Herder.
- Sarkar, A. N. (2017). *Smart Cities: A Futuristic Vision*. <https://www.thesmartcityjournal.com>